Año VII. *Buenos Aires, Setiembre 12 de 1903* *Núm. 229*

LA PROTESTA HUMANA

PERIODICO ANARQUISTA

Desde el número 232 el periódico *se venderá* al precio de dos Centavos. Por Correo se pagará medio centavos más cada ejemplar.—Exterior 5 centavos el ejemplar.
Pago adelantado indispensable

SALE CADA SEMANA

Número suelto 5 Cts:

DIRECCIÓN:
A. Valenzuela
Calle Mexico 1602 — BUENOS AIRES

El jacobinismo argentino

REFLEXIONES Y COMENTARIOS

La sección informativa del número último de *Caras y Caretas*, registra la noticia de haberse embarcado en el *P. de Satrústegui* 600 emigrantes. He aquí tres párrafos:

«Nos encontrábamos frente al amarradero del «P. de Satrústegui» y en medio de más de 600 individuos que vuelven al terruño de donde surgieran, con la desilusión de la realidad en esta América que soñaran asiento de porvenir risueño y donde gastaron inutilmente sus fuerzas iniciales, el vigor de sus cuerpos, venidos sanos y robustos y que se alejan doblegados por los sinsabores más que por los trabajos mismos.

«Esta tierra que reclama brazos para que se la cultive, para que sus industrias nacientes progresen, esta tierra, la República Argentina, es la que arroja de sus campos, de sus poblaciones rurales y de sus ciudades millares de hombres, familias enteras, que la abandonan por su parte, porque en ella la vida es un problema, porque no han encontrado aplicación ni compensación suficiente sus aptitudes.

«La gravedad del asunto nadie la desconoce, y mucho más recordando que la emigración recrudece en vísperas de la época de las cosechas.»

La nota gráfica palpita de verdad, de vida. Los rostros de esos trabajadores que se van, tienen un tinte de hastío y de indefinible tristeza. Al mirar las páginas del semanario, nuestra mente evocaba esos tétricos personajes de Gorki, especie de pesadillas vivientes, pululando en su terrible drama *Nei bassi fondi*.

Figuras grotescas y dolientes, amontonadas sobre el muelle, formando un conjunto abigarrado y palpitante, que habla por sus mil bocas, gran monstruo multiforme, manso y triste, destinado á un éxodo sin meta y á un dolor sin consuelo. He ahí la impresión primera.

Después vino la reflexión, el análisis de este hecho, inaudito en los anales de nuestra historia colonial. En efecto: jamás se ha producido un fenómeno tal en este país, salvo en aquellas épocas de anormalidad ó convulsión armada, con fines políticos. La emigración era una cosa ignorada entre nosotros. Recordamos que una vez hubo de producirse algo semejante, pero no pasó de tentativa, se contuvo en sus comienzos.

* *

Hombres imbuídos en otras ideas, con los prejuicios y las tendencias comunes de la sociedad que hoy agoniza, pero, en el fondo, inspirados por principios que creyeron buenos, gravaron un día en la primera página de la Constitución nacional un exordio memorable: en el se ofrecía la nación, joven y rica de esperanzas, «á todos los hombres del mundo que quisieran habitarla.»

Ese generoso ofrecimiento era obra del espíritu de libertad que animara al pueblo, desde los hombres de la revolución del año 10 hasta Sarmiento. Pero el jacobinismo argentino, que ya con Chiclana, Passo, Sarratea, Saavedra el Dean Funes y más tarde con Rivadavia y todo su partido *de orden* á pesar de Moreno y los progresistas, venía preparando la tiranía brava de Rosas, que á su vez nos legó la mansa tiranía de los *Julios* últimos, va dando cima á su obra burguesa y autoritaria, matando lentamente toda energía, centralizando el poder, tegiendo y enmarañando la red espesa de las leyes, cada día más opresoras, cada vez más odiosas.

Entre los estados de América era la República Argentina uno de los más libres, no porque sus leyes consagraran cierta libertad relativa, sino porque su pueblo fué siempre rebelde y porque amó la libertad con pasión. Pero el espíritu del jacobinismo se encargó de amansarle. Primero vino el fárrago de las leyes, la manía de la reglamentación á *outrance*. El poder nacional, cada vez más absorvente, fue quitando á las provincias su autonomía y se tuvo, entonces, no los territorios ó estados independientes del sistema federal, sino feudos que dependían políticamente del jefe supremo del estado, el cual era, también,—por natural consecuencia del sistema jacobino—el punto principal, el eje motor de la administración pública. El parlamento y la judicatura fueron dos ramas dependientes del poder ejecutivo. Más tarde el gobierno comunal delegó sus poderes en el ejecutivo de la nación. He ahí ya *subvertido* el cacareado sistema republicano-federal-democrático.

Pero no paró ahí la cosa: como no para un proyectil, si encuentra libre su trayectoria, así el sistema siguió su curso natural, y seguirá hasta el día que termine la fuerza inicial que lo impulsara. Dos ó tres revoluciones más partidistas que populares no fueron bastante á detener el jacobinismo en avance. La primera, de orígen económico y por lo mismo más popular—la del año 90—fué encauzada á fines bastardos. Sus directores eran más papistas que el papa, más jacobinos que los hombres del oficialismo y más catastróficos que Rosas. Los otros movimientos armados no merecen siquiera el nombre de revoluciones; fueron nada más que moreirismos al por mayor. Después se hizo el silencio, un largo silencio que denunciaba el coronamiento de la obra jacobina: la *doma* en principio consumada ya.

Las intervenciones armadas ó inermes á las provincias que bien ó mal dirimían sus contiendas internas, fueron decretadas á granel y por el más fútil motivo. Las voces que antes resonaran en el parlamento,—la de los Oroño, los Quintana—defendiendo la autonomía perfecta de los estados federados, preparado el comunalismo en las ciudades al declarar inalienable el derecho de las comunas, su independencia absoluta del poder nacional ó provincial, interpretando la ley de fondo con un criterio amplísimo y liberal, fueron apagadas por el eco de los sables y los remigntons. Y en los dos lustros últimos, todo se consumó y se precipitó y se consolidó con un refinado bestialismo.

Pero si se había decretado la sumisión de las instituciones al poder central, quedaban aún por someter los individuos. Esto fué algo así como el complemento de la gran labor del centralismo. Y el espíritu jacobino pensó: «hay que matar las últimas chispas de rebeldía en el alma de los ciudadanos: ¿qué hacer? Entonces se disciplinó y regimentó la nación. El pueblo fué llamado á los cuarteles en virtud de la ley de servicio obligatorio. Todos los ciudadanos eran soldados. Se tenía sobre ellos el derecho de vida y muerte. Y el presidente de la república, como jefe supremo de los ejércitos de mar y tierra, según la ley, fué revestido con otro poder que agregó á los muchos que ya reune en sí.

He ahí ya regimentada la República, el vasto territorio convertido en cuartel, los ciudadanos del país soldados de una patria que les ha quitado todos sus derechos de hombres.

La ley no se contentó, sin embargo, con los nativos, con los genuinamente criollos. Aumentó, por esa condición de elasticidad de la ley, su radio de acción: los hijos de extrangeros fueron sometidos y el inmigrante, que llegara á este país con el ánsia de libertad, que ambicionaba para él y los suyos, tuvo el dolor de ver á sus vástagos con el uniforme de los lacayos del gobierno. Hubo quienes se revelaron, sin embargo, los galenses del Chubut y todas las familias chilenas que antes poblaban nuestras fronteras. Aquellos y estos emigraron.

Sin embargo, nada hay tan porfiado como el espíritu humano. En las ciudades argentinas empezaban á germinar ideas de redención social, y consumadas y extremadas todas las coerciones en el orden político, tanto criollos como extrangeros volvían sus ojos á las doctrinas nuevas, venidas de Europa. La ciencia y el arte llegaban de allá preñados de novedades hermosas y que prometían un grande porvenir á la humanidad. Y una nueva raza de hombres libres comenzó á formarse en la jóven nación. Era, es cierto, compuesta de forasteros, hombres de otras tierras y otras comarcas, donde se decía que el sufrimiento era más acerbo y en las que la vieja experiencia de las cosas y los hombres había enseñado á vivir á las gentes y más que esto: les había enseñado á esperar.

Propagandistas, casi apóstoles de un derecho novísimo, predicaban donde quiera la buena nueva, suscitando rebeliones y altiveces en el pueblo, que cantaba su canción de esclavos al ágrio rumor de sus propias cadenas. Era nada menos que una revolución comenzada *ad ovo*, que tenía sus prodromos en el fondo mismo de las conciencias. Y como era natural esto sobresaltó al espíritu jacobino. Había que matar todas esas incipiencias. La población argentina, tenía ya su freno, su ley de servicio militar obligatorio. La extrangera, en cambio, era libre. Había, pues, que amordazarla. ¿Cómo? Se hizo una nueva ley, la ley de los extrangeros. Por ella se sustraía al habitante á sus jueces naturales y se entregaba á merced de las policías irresponsables, tanto en las ciudades como en las campiñas; se le exponía, atado de piés y manos, á los odios de cualquier enemigo; se le despojaba de todo derecho de petición y de protesta, y por último se tachaba, por nula é imbécil la obra de los constituyentes del 53.

Se creerá, talvez, que antes y después de esto, no había muerto del todo en el resto del país esa chispa de libertad de que hablábamos. ¡Oh, sí! El espíritu del jacobinismo velaba en todas partes. En cada estado argentino era representado por el gobierno constituído. Y como el criollo trabajador, fuera de su tiempo de servicio militar, podía tener veleidades revolucionarias, ó no acatar el poder como es debido, fueron creadas las leyes de conchabo ó de vagancia, en beneficio del patrón ó del burgués ó del cacique electoral de distrito ó partido Los vecinos *más caracterizados* (léase burgueses) fueron munidos con el derecho de condenar por vago y á *trabajos forzados* á cualquier trabajador que no justificara en un momento dado su desocupación. Las policías rurales y urbanas tenían, por otra parte, el derecho de inmiscuirse en la vida privada de todos los habitantes de la nación, violar el derecho de permanencia y tránsito al obligar con una serie de requisitos, en hoteles y posadas, á entregar la filiación, etc., de las personas llegadas á pernoctar. El derecho de reunión fué restringido ó mejor dicho suprimido por todas las policías del territorio. La paz reinó en Varsovia. Es el momento presente.

En virtud de este nuevo estado de cosas en el orden social y político, que reagrava el cúmulo inaudito de leyes arancelarias y una desorientación financiera increíble, la vida económica se torna de una estrechez suprema en el país. En campos, fábricas y talleres el trabajador se muere de hambre, no ya en su sentido paradojal, sino en su acepción estricta. Y este ambiente de esclavitud y de miseria es el que propicia esas emigraciones en masa, el que transforma la nación en carcel y en ergástula y el que precipitará, para enseñanza del gobierno ruso del general Roca, los acontecimientos que han de hundir el jacobinismo argentino para siempre.

Y todo esto, que cualquier espíritu sereno vería claro, aun bajo el punto de vista burgues, está lejos del raciocinio de los hombres del gobierno. En lugar de adoptar ese sabio temperamento conciliador y esa *non curanza* meditada de los hombres que dirigen hombres, el gobierno extrema,—por medio de sus policías imbéciles—todas las medidas infames: sin buscar justificativos, ni paliar el procedimiento, con la fruición salvaje de los inquisidores de antaño, fusila á los obreros en las calles, bajo el estado de sitio, y más tarde viola los domicilios de los trabajadores, amparado en la ley Cané, para saquearlos, insultarlos, deportarlos y escarnecerlos ante la muda y execrable opinión pública, ante el cobarde silencio de los grandes órganos de la prensa nacional, miserables empresas para explotar ideas envenenando al pueblo con sus productos, inaptos para la alimentación mental.

He ahí, pues, juzgada la obra del jacobinismo patrio. No se dirá que solo tenemos ojos para mirar las cosas bajo un solo aspecto, y que somos anarquistas porque desconocemos las excelencias del régimen burgués y autoritario.

Hemos denominado espíritu jacobino á todo lo que ha pervertido en el transcurso de los años lo poco bueno que quedaba de un bello alborear revolucionario. Pero él no es otra cosa que el autoritarismo de la especie, antiguo como el mundo, y como él persistente. El es factor de calamidades en todas las épocas de la istoria: cuando el naciente cristianismo se llama Constantino y su formidable *in hoc signo vinces;* es el que levanta con las cruzadas quinientos mil harapientos á las órdenes de Godofredo; es el que hace fracasar la Reforma por su intransigencia; es el que da nacimiento á la contrarrevolución vendeana al imponer dogmas y principios como artículos de fé; es el que llevó á devastar por el hierro y el fuego las civilizaciones americanas, demolidas terrible y sangrientamente bajo las plantas de los conquistadores, ignorantes y brutales. Y particularizando estas reflexiones, es el autoritarismo, el espíritu liberticida, el que induce á la policía bonaerense á extremos tan vergonzosos como los de su constitución en tribunal inquisidor para los ciudadanos.

Podría creerse que esta última es una afirmación caprichosa ó apasionada, nacida de la cólera que nos despierta el nombre de esa institución perversa. Nada de esto. La policía está encargada de hacer averiguaciones como las siguientes:

—¿Qué libros lee Vd.?—¿Lee Vd. obras de Reclus, de Renán, de Kropotkine, de Tolstoi, de Zola?—¿Quiénes son sus amigos?—Qué reuniones obreras frecuenta V.? —¿Qué piensa Vd. del estado social actual? —¿Por qué lleva Vd. esa corbata roja?—¿Por qué la lleva Vd. negra?—¿De qué vive usted....?»

¡Vergüenza! ¿Qué va de esto á una Congregación del *Index* que tuviera un poder discrecional y positivo sobre los hombres? ¿Qué diferencia hay entre las policías del siglo XX y los tribunales frailescos de la Edad Media? ¿Dónde están siquiera las ventajas del gran movimiento francés del siglo XVIII? ¿Hasta dónde se quiere llevar la reacción y la locura jacobina? Nosotros lo sabemos. Un día, muy próximo ya, responderá á estas preguntas la dinamita y el hierro; responderá la sangre derramada á ríos, el lamento de las nuevas Troyas; lo dirán las lenguas de fuego del incendio y el fulgurar de todas las conflagraciones sociales!

JEAN VALJEAN

El presente número

A causa de haber recibido una cantidad enorme de material, quedan muchas cosas para el próximo. Pedimos disculpa por ello á los compañeros.

LA REDACCIÓN.

LA CRÍTICA DE UNA CRÍTICA

"LA BANCARROTA DE LAS CREENCIAS"

«El anarquismo naciente»

Bajo estos dos rubros el compañero y vigoroso escritor Ricardo Mella ha dado á luz un pequeño folleto de propaganda.

En «La bancarrota de las creencias» el estimado compañero sintetiza á grandes rasgos el modo de evolución de los sistemas; muestra cómo ellos se arraigaron y, por un lógico proceso, se desarraigaron después del alma humana, y por último concluye con una diatriba al doctrinarismo. Dice: «Si hay ideas, por avanzadas que sean, que nos han atado al cepo del doctrinarismo, hagámoslas añicos»

El estimado compañero arremete contra la fé. En su pensar, la fé es un grave inconveniente, pues si no existen verdades absolutas, no hay fé absoluta posible. Este modo de razonar parece lógico á primera vista.

Nosotros disentimos en algo. Cierto es que no existen verdades absolutas, pues que en nuestro mundo de relación todo es limitado. Pero no puede desconocerse por eso que haya verdades relativas; que esas verdades forman convicciones, un estado de conciencia en que la fé se desarrolla, y una fé que no ofusca, puesto que se fundamenta en la razón.

Con esa pequeña, ó si se quiere grande diferencia, estamos de acuerdo con el compañero Mella.

—

El anarquismo naciente, es otro pequeño artículo en el que su autor hace notar que, en el curso del tiempo se llegaron á cristalizar, en el seno del anarquismo *antiguo* ciertas ideas tenidas como verdades absolutas, llegándose paso á paso al dogma y, por ende, cayendo los nuevos discípulos de la escuela nueva, en los viejos errores de todas las escuelas: en los errores del dogmatismo, del ritualismo y del fanatismo. Y Mella dice: «Es el proceso evolutivo de todas las creencias. El anarquismo, que nace como crítica, se trueca en afirmación que toca los linderos del dogma y de la secta. Surgen los creyentes, los fanáticos, los entusiastas del nombre. Y surgen también los teorizantes que hacen de la anarquía un credo individualista ó socialista, colectivista ó comunista, ateo, materialista, de esta ó de la otra escuela filosófica. Finalmente, nacen en el seno del anarquismo los particularismos por la vida, por el arte, por la belleza, por la superhombría ó por la irreductible egoística independencia personal. Se parcela así la síntesis ideal y, poco á poco, hay tantas capillas como propagandistas, tantas doctrinas como escritores. El resultado es fatal: caemos en todas las vulgaridades del espíritu de partido, en todas las pasioncillas del personalismo, en todas las bajezas de la ambición y de la vanidad.»

Con un acertadísimo criterio filosófico, el bravo pensador afirma el derrumbe de ese anarquismo ilógico, porque, dice, «la verdad no se encierra en un punto de vista exclusivo; no se guarda en arcas de fragil tabla; no esta ahí á la mano ni al alcance del primer osado que resuelva descubrirla. Como las ciencias, como todo lo humano, está en formación, estará perpetuamente en formación........» «El anarquismo *naciente* proclama el más allá inacabable después de haber derribado todos los valladares del secular absolutismo intelectual de los hombres.»

No puede darse nada más amplio, ni nada más bello como concepción filosófica del anarquismo. Pero como todo lo que es muy ancho en el campo ideológico, tiene el grave defecto—para nuestra época—de ser inconsistente. Jamás, de un modo lógico, puede exigirse de las masas esa modalidad psíquica, característica de los hombres superiores. El nivel mental de la multitud no resiste á esas cerebraciones. Por otra parte, y aún suponiendolas capaces de una elasticidad mental semejante, debemos convenir que esos estados psiquicos de comprensión, no son permanentes, ni siquiera se producen cada vez en iguales condiciones de intensidad. Extremando, pues, la tesis del querido compañero, llegaríamos, en la ascensión de ese plano inclinado, al *nirvana* de los indios: al *no-querer*, al *no-sentir*, al *no-pensar*. Por eso decíamos, al hacer crítica al primer artículo del folleto «que no podemos desconocer que haya verdades relativas», y, por consecuencia, que cada verdad es un peldaño de la inmensa escala que ha de subir la Humanidad en su marcha sin fin hacia el progreso sin término. Y bien: cada peldaño *justifica* la fé, *un poco* de fé razonada. La fé es necesaria, pues, y si es necesaria, si existe, ella implica un poco de dogmatismo, de sectarismo y de fanatismo. Es condición humana.

Por otra parte, el simpático compañero asienta el principio de la libertad absoluta. En su bellísima exageración del anarquismo llega á lo ideal, á lo más puro, á lo más alto. Pero figurémonos el mundo y el universo en libertad absoluta: quebradas en lo social las leyes de la solidaridad; en lo mental el desequilibrio y la locura; en lo orgánico el desajuste; en lo universal lo antiperistático, el desencaje de los mundos, la desagregación de la materia cósmica... Se nos dirá que hemos ido muy lejos. Téngase en cuenta, sin embargo, que vamos siguiendo una tésis, el principio de la libertad absoluta enunciado por el autor.

No por cierto. El anarquismo no es eso. Es, por el contrario, un sistema estricto de crítica, nacido del desórden actual; es el ajuste de todo lo que está fiujo; es el orden en su alta acepción. Talvez el nombre es deficiente, pero los que hemos meditado sobre estas cosas nuevas, creemos que él encierra en si muchos gérmenes. Nada más que cosas en embrión. Hasta ahora, el anarquismo, tiende á un solo fin: destruir. Tiende á destruir lo malo porque, en el campo ideal, ha nacido un mundo superior. Y ese mundo lo *vivimos* idealmente mediante esa fé que el compañero Mella combate. La fé, que es una necesidad orgánica, es conservadora y es ella la que sostiene nuestro conocimiento.

Todos los extremos son malos y así como la exageración de las ideas ó de las sensaciones conduce al agotamiento, á la imbecilidad ó á la locura, así también las cosas de la vida práctica y de relación han de ser juzgadas con un criterio práctico y medido. A nada conducen esas lucubraciones superiores á que algunos compañeros se entregan. Hay que concretar, debemos ser concretos y sencillos. Juzgar á los hombres á través de un solo cristal, es un error de sentimentalista. El solo hecho de juzgarlos ya es un mal. No se debe juzgar, sino estudiar. El hombre es como es, las cosas son como son. Hagamos, sin embargo, una salvedad: existe lo mejor y lo peor.

Y digamos con Renán: «Perfecto seria el hombre que á un tiempo fuese poeta, filósofo, sabio, virtuoso, no por intervalos y en momentos distintos, sino en todos los instantes de su vida, por una íntima compenetración, cuyos elementos de humanidad se reflejaran en una armonia superior, como en la humanidad misma». Ese sería el hombre que nosotros quisiéramos, llamárase anarquista ó burgués. Un tipo individual ofreciendo el cuadro animado de la humanidad. Mientras tanto y en vista del estado actual del espíritu humano, debemos justificar ese desenvolvimiento imperfecto del hombre y por consecuencia, todos sus errores, sus vicios y sus falsas virtudes. De ahí una sábia tolerancia, que es como el lubrificante de las asperezas del combate. Hay que ser tolerante, compañero.

JEAN VALJEAN

Notas y Comentarios

En uno de los números de *La Prensa* de la pasada semana leo lo que sigue:

«Con motivo de la rebaja que hicieron diversas empresas marítimas en los precios de los pasajes para Europa, se nota un aumento en el numero de las personas de todas las clases sociales, pero en su mayoría obreros, que aprovechan esa coyuntura para abandonar esta República, en demanda de otro país donde el trabajo sea mejor remunerado y la vida no sea tan costosa como lo es actualmente en la República Argentina.»

Y, agrego yo: en busca de un país cuyos gobernantes sean menos bárbaros; en donde los trabajadores puedan libremente unirse para defender sus intereses de la explotación capitalista, en donde no sean perseguidos, encarcelados, deportados y procesados sin motivo; en fin, en donde no exista una ley de residencia!

¡Viva la emigración!

***

Corto y pego del mismo diario.

«El secretario de la legación argentina en el Vaticano, ha comunicado al gobierno que el Sumo Pontifice, Pio X, ha impartido su bendición apostólica á las víctimas del temblor ocurrido hace pocos dias en Mendoza»

Pueden ahora estar tranquilas las víctimas del terremoto, especialmente los obreros que quedaron sin hogares, sin recursos, sin una migaja para acallar el hambre; pueden resignarse, conformarse con su suerte, sufrir las privaciones y las calamidades y hasta morir de frio ó de hambre, puesto que mueren.... ¡bendecidos por el papa!

¡Viva la Religión!

***

Siempre del mismo:

«En San Andrés de Giles ha sido detenida la joven Berta Laboria, por estar acusada de infanticidio, como también su madre, por sospechas de complicidad en el mismo hecho:»

El hecho no es de mucha importancia, puesto que se repite con frequencia y.... ¿qué tiene de particular? Una joven que disfrutó de los goces más naturales, tuvo la *desdicha* de ser madre y para ocultar su maternidad a los ojos del público que, estupidamente la señalaria con el dedo, comete un crimen haciendo desaparecer su proprio hijo. La vergüenza pudo más que el amor filial y juntamente con la madre trataron de salvar la honra.

Resumen: Una criatura asesinada, dos mujeres en la cárcel, y la opinión pública satisfecha, y.... ¡Viva el honor!

***

Los sucesos de Turquía. Noticias por telégrafo:

«Los insurrectos bulgaros han sufrido el viérnes pasado un importante revés en Smilero en el cual dejaron un millar de muertos. En número de 4000 ocupaban una posición sobre una altura que fué barrida por los batallones turcos al mando de Zervet Pachá. Al ver muertos un millar de ellos los búlgaros huyeron»

Mil muertos. Tratándose de una guerra no es gran cosa, luego vendrán más matanzas de seres humanos, los incendios, y los saqueos de poblaciones, los bombardeos de ciudades, la destrucción en las sementeras, el terror y la desolación para los pacíficos habitantes y por último, la gloria y los honores á los vencedores y el desprecio y el ultraje á los vencidos.

¿Quién de los dos ejercitos tiene razón? El que tenga más soldados, mejores armas y sepa matar más gente....

¡Viva la guerra!

***

Sigo copiando:

«Los vecinos de la casa Chiclana 3048 notaron hace días con estrañeza que la mujer Maria J. Lafalche había desaparecido de su casa, dejando abandonados á cinco hijos de corta edad.

Las infelices criaturas fueron regocidas por el encargado de la casa y por algunos de los vecinos, condolidos de la crítica situación en que se hallaban.

....

El padre se encuentra actualmente preso en la Penitenciaria Nacional.»

Reconstruyamos los hechos. El padre se encuentra sin trabajo: expropia un pan para mantener á sus pequeñuelos.... ¡A la carcel!

La madre desesperada y sin recursos, no tiene coraje para ver a sus hijos morir de hambre, les abandona y huye.... á la ventura.

Las criaturas desamparadas y arrojadas.... al arroyo.

¡Viva el régimen burgués!

***

Lo que va á continuación es recortado de otro diario, *La Nación*.

«Una delegación de la sociedad de cortadores de calzado se presentará esta tarde ante el jefe de policia á denunciarle que algunos fabricantes de los que aceptaron su fallo en el arbitraje que se le confirió en la ultima huelga, no lo cumplen, de suerte que contrarían cláusulas que se comprometieron respetar.

La comisión llevará una nómina de las casas que han alterado el horario, modificando lo convenido con el jefe de policía.»

Consecuencia lógica de los arbitrajes. Mientras los trabajadores no se preocupen por si solos de solucionar sus cuestiones con sus patrones, siempre obtendrán estos resultados.

Pueden, los obreros, en momentos de huelga, transigir en sus demandas con sus patrones, pero sin la intervención de ningun estraño y mucho menos de un jefe de policía, si se tiene en cuenta que este es el enemigo más encarnizado que tienen los proletarios.

¿Tan pronto se han olvidado de los atropellos, los arrestos, las arbitrariedades cometidas con los huelguistas por los esbirros á las ordenes de este odioso jefe de.... salteadores?

¿Creen todavia que ese jefe hará respetar sus derechos?.... ¡Vana ilusión!

La lección es amarga pero bien merecida.... ¡No olvidarla!

***

La que sigue es una noticia que nos trasmite el telégafo desde Génova y que publicó *La Nación* de estos últimos dias:

«La policia ha arrestado al rentista Borragini, acusado de haber sometido á prolongadas sevicias á una hermana suya que hacía pasar como demente con el objeto de apoderarse de sus bienes.»

Por lo que se desprende se trata de un rentista con mucho dinero.

¡A que lo sueltan!

***

Otro telégrama de las cosas de Turquía:

«El diario *Dnevnik* anuncia que Adrianópolis se halla convertido en una inmensa hoguera y que los turcos realizan matanzas sin respetar mujeres ni niños.

Los habitantes huyen en todas direcciones»

Lo dicho. Delicias de la guerra. ¡Adelante!

***

El asunto que va á continuación ha sido tratado y sancionado en el congreso nacional de esta república.

Lo transcrivo de un diario burgués.

«El primer asunto de ésta era el dictamen de la comision de hacienda en el proyecto por el cual se autoriza al P. E. a invertir 50.000 pesos para auxiliar á las familias pobres que han sido perjudicadas por el terremoto de Mendoza.

La comisión de hacienda, en vista de informaciones que ha recibido según las cuales, los perjuicios causados por el terremoto no han afectado á las familias menesterosas sino á los edificios de varias instituciones de beneficencia, modifica el proyecto de la Cámara de Diputados en el sentido de que el auxilio pecuniario sea para estos institutos».

Claro, como los pobres no tenían dónde caerse muertos, no fueron damnificados en sus propiedades! Bien hizo el congreso en no destinarles nada de los 50.000 pesos invertidos para auxiliar á las familias pobres! ¿Qué importa un brazo ó una pierna rota, o la carencia de techo y de pan? Para ellos, los pobres, basta y sobra con lo que recibieron de Roma.... ¡La bendición pontificia!

R. OSITA.

AL SOLDADO

Soldado triste, pária del mundo que envuelto en el sayal de negra servidumbre, sirves por unos cuantos maravedises y cuatro cucharadas de rancho al dominio de los déspotas. Mira una vez en torno tuyo: y al ver la estrecha cárcel que te rodea, arrojarás entonces esa librea de muerte y las armas fratricidas, que antes que para ti, sirvieron á otros que ya murieron...

Sixto Cámara

Soldado triste que marchas embrutecido,
Por orden del tirano tan solo á exterminar,
Sin conmover tu alma los ayes doloridos
Que lanzan sin consuelo los seres tan queridos
Que dejas en tu hogar.
Soldado esclavo que labras tu cadena
Al ofrecer tu vida, tu libertad y honor
A un símbolo de muerte que eterno te condena
A negra servidumbre: tu sumisión dá pena,
A un trapo de color.
Paria inocente, que acudes presuroso,
Humilde y obediente al golpe del tambor,
Lo mismo que el cuadrúpedo que corre bullicioso
Envuelto por el cieno, con júbilo, gozoso,
Al son del caracol.
Autómata terrible que empuñas en tu mano
Con un valor salvaje, mortífero fusil,
Y que con él defiendes la vida del tirano
Hiriendo el pecho de otro soldado que es tu hermano:
Te vuelves un Caín!
Soldado que te muestras humilde ante el tirano
Y arrostras con orgullo la vida del cuartel,
¿Acaso no te indigna el déspota inhumano
Cuando te azota el rostro con su soberbia mano
Y acatas su altivez?
No creas en la historia que ensalce tu heroismo
Ni pienses que á tu muerte tu nombre sea inmortal;
La Ciencia y el Progreso condena el barbarismo
Que impone por la fuerza el bruto cesarismo,
La vida militar.

A. ALVAREZ

Algeciras (De *El Obrero*)

BOYCOTT

A los productos de las siguientes Fábricas:

LA POPULAR N. 1. Bohemios, Rey del Mundo.

LA PROVEEDORA, Montevideo, crucero, Lío de la Plata.

PARIS. Dandiecito, y Moro.

Y de todos los productos que elavoren estas Fábricas.

Sin otro motivo os deseamos salud y solidaridad.

La Gesta de Luiggin

I

—En cuanto junte un capitalito, pongo una carpintería por mi cuenta. El que trabaja hace camino en este país: todo el mundo me lo ha dicho.

Así pensaba Luiggin, el marido de la linda Marietta, al desembarcar en Buenos Aires por el antiguo muelle de pasageros, con pocas liras en el bolsillo y muchas ilusiones y esperanzas en la cabeza, su decisión de buen piamontés, sus fuertes brazos de mozo robusto y su habilidad de oficial carpintero

Había que verlo subir por la barranca de la calle Piedad, hacia el centro—alto, enjuto, con sus largos bigotes negros y sus ojos resueltos y brillantes, dejando colgar los brazos de que pendían dos macizos y encallecidos puños balanceados por el movimiento—al lado de Marietta, menuda y vivaracha, en cuyo rostro sonrosado ardían como brasa los labios y como llama as pupilas.

Se habían casado hacía poco, en una aldea cerca de Turín, convenidos de antemano para venir á América en busca de fortuna, seguros de sí mismos, de su buena suerte, de su amor y su alegría. Y se embarcaron, días después de la boda, y aquí estaban ya, en el teatro de la lucha, dispuestos á vencer y convencidos del triunfo.

Luiggin no perdió el tiempo, y antes de acabar con la última de las pocas liras que había traido, ya tenía ocupación y salario en el taller de un paisano suyo, y veía el horizonte color de rosa, soñando entre las astillas y las virutas, con su futuro establecimiento, la riqueza, la vuelta triunfal á Italia y á su pueblo. Su mujer soñaba con él, en las horas tranquilas del descanso, frente á la frugal comida, y á los proyectos de ambos se mezclaban risas y bromas la afectuosa jovialidad de gente optimista que cuenta con su fuerza y su juventud, y no vislumbra siquiera dificultades en el camino.

El salario era pequeño, bastaba apenas para sus necesidades: pero, modestos y ordenados, no sufrían ni se quejaban. «Hay que empezar por el principio»—decía Luiggin,—«y es malo apurarse mucho». Y reía y cantaba, bromeando con Marietta, y en el taller, envuelto en aserrín y polvo, su voz alegre se oía de la mañana á la noche, vibrante de contento y de confianza.

Hasta entonces le había sido imposible poner nada de lado, pues los gastos se equilibraban estrictamente con las entradas. Pero, ¿no tenía aquellos brazos formidables y aquél pecho de atleta? ¿Para qué pedir más? ¡Tiempo al tiempo, qué diablos!...y sin embargo sin ahorros no podría establecerse por su cuenta. ¡Ba! ya llegará el momento de economizar, aunque el patrón, «paisano» y todo, se mostrara duro y mezquino.

Nada podía turbar su fé ni amenguar su alegría, cuando la más grata de las noticias, la que debiera haberlo llenado de satisfacción, le puso una arruga en la frente.

Marietta estaba en cinta. Con los ojos brillantes, las mejillas encendidas y las manos trémulas, se lo dijo una tarde, muy en secreto, casi angustiada de tanta alegria...

Y á Luiggin le pareció como si se rasgara de pronto un velo cuya existencia ignoraba y que le había deformado las cosas del porvenir....Ceñudo, pensó por primera vez en que aún no tenía asegurado el día de mañana...y por primara vez sintió un poco de miedo.

Relexionó, hizo sus planes, y pocos días despues, hablaba con el patrón, solicitando un aumento de salario

—Vamos á tener un hijo—explicó.

—Me alegro mucho....Pero, por otra parte, siento nospoder pagarle más. Los tiempos están muy malos. Más tarde, dentro de unos meses, quizá....Haré lo posible.

Desconsolado por esta negativa, su tristeza se prolongó, se hizo más profunda. Buscó otro taller, pero no se le ofrecieron mejores condiciones, y tuvo que quedarse donde estaba, esperando que se cumplieran ó no cumplieran las vagas promesas del patrón....Marietta notó sus desfallecimientos, adivinó sus despreocupaciones, y sin decirle nada, utilizó la habilidad de sus manos, bordando y cosiendo para afuera, por una escasa compensación. Pero á fin de mes, roja de orgullo y de alegría, puso una pequeña suma en manos de su marido.

—¿Y esto?—exclamó Luiggin con sorpresa y recelo, mientras se le ahondaba más la arruga de la frente.

—Esto es lo que he ganado bordando—replicó Marietta con aire de triunfo.—Esto quiere decir que yo también soy capaz de trabajar, y que no estarás solo para mantener.... al que viene. ¡Alegrate y echa al diablos las preocupaciones y las tristezas!..

Una lágrima de rabia empañó los brillantes ojos de Luiggin, que, con un nudo en la garganta, sólo pudo murmurar para sus vigotes:

—¡Questa Mérrica!

Y en esta frase sintetizaba su desconsuelo de que el trabajo no le bastara para ser el unico sostén de la familia, su desencanto, al ver burladas sus esperanzas, y su amargura de que las ilusiones comenzaran á desvanecerse precisamente cuando más las necesitaba. . . Y haciendo juego con la arruga de su frente, un pliegue irónico que ya no iba á desaparecer jamás, cambió la expresión de su boca, hasta entonces franca y sonriente.

II

—Los patrones. . . Los patrones pagan lo suficiente para que uno no se muera de hambre, y pueda seguir trabajando: nada más—le decía Gervais, un francés, obrero del mismo taller, con quien solía ir á «tomar la tarde» en el almacén de la esquina.

—No hay modo de economizar un real, porque ellos saben muy bien que uno se les escaparía, y hasta se pondría á trabajar por su cuenta. Hace diez años que le doy al formón y al escoplo, y si me enfermo, no tendré más recursos que lo que me pase la sociedad francesa . . . . . Usted haría bien en entrar en la italiana de socorros mutuos. Nadie sabe lo que puede suceder . . .

—Pero hay muchos trabajadores que se enriquecen. Nuestro mismo patrón que llegó sin un cobre, hoy tiene plata.

—Pregúntele si la ganó trabajando . . . Nadie hace fortuna trabajando. ¡Es una mentira! ¡Sólo por una pillería ó por un milagro se puede llegar á ser rico!. . ¡Hasta en este país, que se considera el país de Cucaña!. . .

—Una pillería o un milagro—iba diciendo Luiggin, al volver á su casa—Pillerías no sé hacer. . . ni tengo ocasión. ¡Y milagros andan tan escasos!. . .

Marietta había dado á luz una robusta chiquilla, á quien llamaron Marianin, y cuya presencia alegró por un momento el cuartujo del conventillo en que Luiggin y su mujer vivían miserablemente, pues lo poco que pudieron ahorrar en los meses anteriores, se lo habían llevado la partera y el farmacéutico en un abrir y cerrar de ojos. Pero aquel regocijo no pudo durar mucho, el hijo no venía con el pan debajo del brazo de que habla el proverbio, y el almacenero y el carnicero ponían mala cara, pues comenzaban á deberles demasiado. Marietta podía bordar muy poco, preocupada á cada instante, como buena primeriza, de atender á Marianin cuando lloraba, cuando reía, cuando dormía y cuando se despertaba. Y aquel cuarto, bajo y oscuro, al que llegaban los cantos, los gritos y las discusiones de los vecinos, envueltos en el olor del jabón de las lavanderas, y el vaho de las cocinas al aire libre, ollas y sartenes hirviendo en los braseros; la batahola incensante de los chicos y las reyertas frecuentes de los grandes, evocaban en Marietta el recuerdo de la aldehuela del Piamonte, cuya miseria habían trocado por otra más amarga, reagravada por el aislamiento.

Y Luiggin llegaba todas las tardes, tomaba á su hijita sobre las rodillas, la hablaba, la sonreía, la hacía bailar en sus brazos. . . y luego caía en una sorda irritación que la pobre Marietta compartía al fin, desconsolada ante la idea de que Marianin pudiese enfermárseles, ó de que Luiggin se quedara sin trabajo, viendo visiones angustiosas, engendradas por la incertidumbre en el porvenir.

—¿Sabes lo que dice Gervais? ¡Que ni en esta misma tierra se puede hacer fortuna sino por alguna picardía ó por algún milagro!

—¡Oh! ¡eso es una exageración!—replicó Marietta, poco persuadida, pero por alentar á su hombre.—¡Hay muchos que se han puesto ricos trabajando!. . .

Luiggin meneó la cabeza sonriendo con amagura.

—¡Questa Mérrica! ¡Questa Mérrica!—murmuraba irónico, semiindignado contra los que le contaran maravillas, incitándolo á abandonar su país para venirse . . .

—La suerte tiene que cambiar, y entonces tu trabajo bastará para que vivamos, y todavía nos dejará ahorrar y comenzar á ser ricos.

—¡Si sucede un milagro! Ya ves; tú misma dices «la suerte tiene que cambiar». Entonces. . . ¡es claro! ¡el trabajo no basta!...

III

Pasaron años en aquella existencia de galeotes y otros hijos vinieron, pero sin traer pan alguno debajo del brazo. Un accidente, que costó un dedo á Luiggin, estuvo á punto de hacerles morir de hambre; los salvó el consejo de Gervais, seguido inmediatamente por el obrero, què había entrado en una sociedad italiana de socorros mutuos. Esta le suministró los medicamentos y un subsidio mientras estuvo imposibilitado para trabajar. Cuando curó, la suerte pareció cambiarse. Su antiguo patrón lo había substituído, y después de mucho buscar, encontró una casa donde se le retribuía mejor. Marietta ganaba algo por su parte: los tiempos eran más propicios, allá por el 88, cuando el dinero parecía bailar un can can furioso. Hicieron economías, y comenzaron á vislumbrar más cercana la realización de su sueño de independencia, de patronato, de enriquecimiento. Y Luiggin, sin darse cuenta de que aquellas circunstancias anormales, aquel delirio general de grandezas, podía considerarse como una casualidad ó un milagro, recobraba poco á poco los bríos de su juventud, la confianza en sí mismo, la alegría de vivir, de sentirse fuerte, animado, capaz de conquistar el mundo. Y se decía:

—¡El trabajo y la voluntad! ¡No hay nada más! ¡Qué suerte ni qué milagros! Con la energía puede tardarse en triunfar, pero al fin se triunfa, ¡qué diablos!

Marietta, al ver el cambio de Luiggin, su cara plácida en que apenas quedaba la huella de la arruga preocupada y del pliegue irónico y amargo, se reanimaba y rejuvenecía como una planta mustia puesta por fin en el terreno que necesitaba. Los chicos mayores iban ya á la escuela, y aprendían y les ligaban cada vez más al país, pues eran completamente de él, ¡tan diferentes á los niños del Piamonte! Y ya no hablaban de volver á Italia, donde ellos quizás se encontrarían solos, sin vinculaciones de amistad y de costumbres, y donde sus hijos parecerían extranjeros, como que ni siquiera hablaban el dialecto que ellos conservaban, en un principio con la idea de volver, más tarde, porque eran recalcitrantes á la prosodia castellana.

En fin, muchos años después de haber llegado, y á principios de 1890, sus ahorros les permitieron realizar su sueño dorado. Luiggin alquiló una gran pieza á la calle en un barrio populoso, compró herramientas, bancos, útiles y madera, y abrió su taller, poniendo orgullosamente sobre la puerta este letrero, que el mismo pintó:

CARPINTERIA DEL TRABACO
e LA FORTUNA

—¡No es cierto que se necesiten ni picardias ni milagros!—repetía convencido.

Y....sobrevino la crisis, la revolución, el diablo á cuatro. De repente, no hubo con que pagar el alquiler, ni cayó un encargo en la carpintería, ni hubo casi que poner al puchero. El fuerte y animoso Luiggin, desalentado otra vez, con más arrugas y más hondas, lanzando sarcasmos contra la suerte, tuvo que venderlo todo, bancos, herramientas, útiles y tablas, y antes de entregar al propietario las llaves del taller, borró con rabia el orgulloso letrero con que había querido hacer ostentación de su triunfo.

IV

Doce años más tarde, casi viejo ya, irónico y desalentado, acaba de conseguir, sin embargo establecerse de nuevo por su cuenta. Pero ya no tiene la resolución de antes. Tanto es así, que, tratándose del nombre que había de dar al flamante taller dijo sarcásticamente á Marietta:

—No le pondré ni de la fortuna, ni de la suerte, ni de ninguna otra tontería. Le daré el mismo nombre que el de la primera obra que se me encargue. «Carpintería del banquito», ó «de la mesa de luz» . . .

El primer cliente fué un cura de una capillita muy pobre, erigida en aquel barrio suburbano.—Le encargó un armarito ó un tabernáculo para guardar el copón, en el altar de las comuniones. Luiggin se puso á hacerlo con fiebre. Y cuando lo terminó, acordándose del letrero, pintó sobre su puerta:

CARPINTERIA DEL TABERNACUL

En seguida, como quedara de un lado un gran espacio de pared desnuda, su espiritu sarcástico le dictó un complemento á aquel nombre estrambótico, un complemento que sintetizaba las amarguras de su vida, los desencantos sufridos, la convicción amarga de que el trabajo no es bastante para vencer, de que se necesita algo más. Y á un costado del taller, rimando con el título, apareció esta sentencia, que aún leen, sorprendidos y curiosos, los transeúntes:

SI LA VA BEN
LA É UN MIRACUL

ROBERTO J. PAYRÓ.

(de *«La Nación»*).

A las sociedades obreras

CENTROS DE ESTUDIOS SOCIALES, GRUPOS ANARQUISTAS, Y Á TODOS LOS AMANTES DE LA PROPAGANDA

Compañeros: Ante el grandioso y potente desarrollo que desde hace algún tiempo han adquirido nuestras emancipadoras ideas, la rabiosa y sanguinaria persecusión burguesa-autoritaria de que somos víctimas, el caráter violento y desesperado de la lucha económica que en todas partes se generaliza, y las frecuentes y criminales matanzas que contra nosotros llevan á cabo nuestros verdugos, urge que al par que tomemos las necesarias medidas para defendernos de los que nos asesinan, activemos la propaganda con todas nuestras fuerzas, á fin de poner en pie de guerra á todo el ejército proletario, especialmente á los trabajadores del campo que representan una fuerza inmensa, insuperable para la tiranía, y los cuales, hasta hoy, han permanecido en su mayoria rehacios é indiferentes á la lucha por no haber llegado hasta ellos la propaganda.

En todas partes se deja sentir, cada día con más intensidad, el malestar económico: el hambre invade los hogares proletarios; el ansia de redención, de libertad y de justicia, encarnada en la revoluciónsocial, palpita en todos los pechos, y á nuestros deseos de mejorar, de instruirnos, á nuestros gritos de pan y justicia, contestan los que con el nombre de gobernantes actúan de negreros, con procesos y prisiones, persecuciones y fusilamientos.

«No está lejos el día en que estalle la indignación por tanto tiempo comprimida.» Tal vez dentro de poco habremos entrado en un periodo francamente revolucionario. Hace falta, pues, caldear la atmósfera, acabar con la indiferencia, inflamar todos los pechos con el sagrado fuego del odio á la tiranía, y para esto es preciso recurrir activamente á la propaganda menuda, de detalle, publicando manifiestos, pequeños folletos, hojas, grabados, etc., que faciliten la difusión de nuestras ideas y penetren en todos los hogares y circulen por los campos, sembrando la fecunda semilla de la rebeldía.

«Es necesario, indispensable, que nuestra propaganda inunde la fábrica y la mina, el taller y el campo; donde no entre el libro que entre el folleto, donde no llegue el folleto, el periódico, donde éste no, la hoja, y al que no sepa leer propáguese con el grabado; una estampa, una sola frase que vaya derecho al corazón del campesino humillado y hambriento, hace más rebeldes que todo un libro de filosofía anarquista.

«Por estas razones hemos decidido, si nos ayudáis, editar por suscripción para repartirlas gratis una serie de hojas que propaguen sucesivamente la huelga general, la asociación, el antimilitarismo, la expropiación ó combatan la religión y la política; también si apoyáis nuestra iniciativa haremos una tirada de algunos millares de grabados como los que en igual sentido públicó *Tierra y Libertad*.

«La primera hoja que nos proponemos editar, irá dirigida á los campesinos principalmente, proclamando la huelga general revolucionaria.

«Como estas hojas resultarán baratísimas si los compañeros respondieran á nuestro llamamiento, editaríamos 80 ó 100 millares que harían buena labor.

«Al efecto, abrimos una suscripción que encabezamos con 15 pesetas, y esperamos nos secundaréis.

«Las cantidades que se nos remitan serán devueltas en papel á precio de su costo

descontando el franqueo.

Salud y huelga general

EL GRUPO «REVOLUCIÓN SOCIAL».

Subscripcion para editar hojas de propaganda

	Pesetas.
El grupo «Revolución social»	15
El id. editor de «El Corsario»	5
El id. «Gzolgosz», de Alginet	5
Baldomero, de Jumilla	4
TOTAL...........	26

(Sigue abierta la subscripción).

La correspondencia y giros á C. Horteyza—Altalfar (Valencia).

Se ruega la reproducción en la prensa libertaria

«*El Libertario*» (de Barcelona).

La conferencia de Ugarte

8 1/2 p.m. El amplio salón de la «Società Operai Italiani» rebosa de gente obrera y burguesa, inteligente y burra, sincera y farsante. Todo el mundo se halla presente, ansioso de escuchar al joven literato y de aplaudirlo si habla bien y dice cosas buenas. Sin embargo, una gran cantidad de cretinos se empeñan en atormentarnos preparándose para el atracón de aplausos que se darán. Son socialistas, y no nos extraña su amor á la *claque*.

Los minutos pasan y la gente comienza a impacientarse. Se conversa, fórmanse grupos, se discute.... Anarquistas y socialistas continúan su eterno duelo. En un ángulo de la sala más de cien personas rodean á dos jovenes que se baten: el uno es un ingenuo estudiante de derecho, el otro un propagandista de nuestras ideas. Dickmann al frente de sus muchachos entra al salón y se pavonea triunfante. Un socialista reparte manifiestos que proclaman la candidatura de Cuneo; García distribuye los indices del libro de Basterra........

Al fin, llega el conferenciante. La tribuna es ocupada por literatos y amigos del señor Ugarte. Ingegnieros, de guante blanco, se presenta en unión á Vega Belgrano: La Siringa, se halla representada. Los socialistas protestan contra Ingegnieros; éste les hace lemises con su blanco guante.......

La conferencia comienza. Vega Belgrano presenta á Ugarte, y este da principio á su disertación. Habla diez minutos de Verdad, Justicia, Sinceridad y otras cosas, sin decir, en resúmen, nada concreto ni siquiera bello. Continúa. Propónese demostrar la verdad del evolucionismo, la posibilidad y necesidad del socialismo, el triunfo de este. Y no demuestra nada, nada, nada. Ni siquiera dice una frase bella, *smagliante*. Nada de nada. ¡Qué desgracia para nosotros! Digo desgracia, porque una de nuestras ilusiones se desvaneció: creíamos á Ugarte hombre conocedor de las ideas nuevas y nos hemos convencidos que las ignora por completo! Y éste hombre ha vivido en Paris, estudiado en Paris, combatido en Paris y.... dormido en Paris! Para aprender lo que malamente nos leyó el miércoles, no tenía necesidad de cruzar el Océano A quí, en Buenos Aires, dejandose estar, sin leer ni pensar, habria aprendido lo mismo, esto es, nada. Su conferencia ha sido indigna de Patroni: este habla mejor y sabe más — no lo duden Vds. — que Ugarte. Parece mentira, pero es verdad. Además no es tan parlamentario el ilustre Patroni.... ¡Si Vds. hubiesen escuchado á Ugarte! ¡Que Patroni ni Millerand!....

Cuando Ugarte concluyó declarandose socialero, sus nuevos *fratelli in pulpito*, aplaudieron freneticamente. Luego comenzaron á pedir que hablara Palacios; los anarquistas hacian lo mismo: «Que hable el candidato de la Boca! ¡Que hable el candidato!» Y Palacios habló: recitó tres párrafos de Castellar, repitió uno de sus más gastados trozos oratorios y comenzó a colgarle el sambenito — por supuesto sin nombrarlo—á Ingegnieros. Los anarquistas que dieron en el clavo, pidieron que hablara Ingegnieros, pero este se negó á hablar diciendo que su representación de La Siringa le impedia discutir con Palacios: La Siringa no puede controvertir con los socialistas: su deber y programa es el de titearlos....

La conferencia se dió por terminada á los gritos de: ¡Viva el partido socialero! ¡Adelante los que quedan! ¡Arriba con los faroles!

Fué una jornada de gloria para el partido socialista.

X. X.

El trabajo del campo

De un periódico burgués, *La Unión* de Esperanza, (prov. de Santa Fé) tomamos los datos que á continuación se expresan:

«Un propietario de tierra pone de mediero á un hombre con familia chica; para sembrar treinta cuadras de terreno le facilita 15 qq. de trigo y 15 qq. de lino, y le carga el trigo á 7 pesos y el lino á 14 pesos los cien kilos con más el 12 o|o de interés y le exige un pagaré por dicha cantidad. El producto debe tambien repartirse por igual, una parte al propietario y otra al agricultor.

Ahora bien: ha levantado 120 qq de trigo y 80 qq. de lino. Le corresponden 60 qq. trigo y 40 de lino y lo vende el trigo á 4.00 el qq. y el lino á 8.00, dándole un resultado de $ 5.60.—á su favor. Ahora deduzcamos:

Por pagaré con interés (semillas) son	$	352.80
Trilla del lino 40 qq. á 0.90 y 60 qq. trigo á 0.70............................	»	78.00
Por bolsas..	»	35.00
Pago durante la corta á peones 60 $ 35 $ durante la siembra..............	»	95.00
		$ 560.80»

Está visto: los trabajores se van de la Argentina de puro vicio!

El crepúsculo de los gauchos

Imaginaos á un joven dotado de una robusta inteligencia, de un delicado espíritu de observación, de un carácter de hierro, que durante diez y seis años batalla sin descanso ni tregua alguna contra el hambre y la indiferencia ambiente, contra la mediocridad y arrogancia de los intelectuales impuestos por la audacia, la política y el oro, y que logra triunfar, abrirse camino, imponerse á la consideración del pedantesco y soso mundo intelectual argentino; imagináoslo aún, fuerte en sus convicciones, entusiasta defensor de la justicia, combatiente incansable de la buena causa, víctima de la acanallada burguesía pampa, desterrado de un país que hizo suyo por el trabajo, alejado de quienes más ama y obligado á vivir en una playa americana donde el buen aire intensifica el apetito y la mala organización económico-política hace imposible la vida,—y decidme, decidme sinceramente si este joven no peca por excesiva bondad, por amplitud psicológica, al ocuparse aún de mejorar la suerte de esta tierra que ha dejado de ser la «virgen América» para convertirse en despreciable yegua con la que satisfacen sus necesidades de machos hambrientos, todos los gauchos americanos, disfrazados de gente civilizada, que pisan fuerte por las calles de esta babilónica ciudad.

Generoso es sin duda, Basterra; generoso, como buen anarquista que es. Sí, porque las ideas denuncian el alma de quienes las profesan, más aún, la forman, la matizan, la elevan. Generoso y bueno, porque su libro, este libro que junto al de Barzini, debería leerse profusamente en Europa, está escrito con miedo de dañar al país, de perjudicarlo, de exponerlo demasiado á la crítica, al desprecio del extrangero. Yo sé lo que ama al país este flaco bohemio, bohemio verdadero y no por *pose*, y es por eso que me explico la manera con que ha encarado y tratado el asunto de su libro. ¡Cuántos datos, hechos, notas, observaciones ha dejado en el tintero! ¡Cuántas llagas ha dejado de descubrir, olvidándolas voluntariamente, para no horrorizar ni llevar al lector á la indignación, en vez de conducirlo donde ha querido, esto es, á meditar friamente sobre el presente y porvenir de esta infortunada tierra. No; el libro de Basterra no es deficiente como se ha pretendido, es sencillamente bondadoso; no le faltaban á su autor datos, que bien sabido me tengo que le sobraban, sino que no ha querido ensañarse con este pobre y desgraciado país.... Ha sabido perdonar!

Pero si bien no se ensaña ni se coloca, para gritar lo que siente y piensa, sobre una montaña de datos, no por eso deja de ser sincero y decir toda la verdad, la buena verdad, sobre la actual situación de la República de los Abrojos, como en otrora lamára él mismo, á esta infortunada Argentina El estado económico, el político, el social y calamitoso están descriptos soberbiamente: la síntesis correcta traduce el pensamiento del autor, la comprobación breve y fundamental sirve de base á la crítica, crítica demoledora, buen mente demoledora, porque es crítica que destruye para volver á empezar, no para quedarse después de haber derruido, con las manos en los bolsillos y cantando melancólicas vidalitas, como un gaucho cualquiera, á lo que «voló y se fué». La prosa es la de Basterra, angulosa algunas veces como afilado acero, mordaz otras, irónica, de una ironía alegre que sabe á carcajada volteriana, y castellana, sobre todo castellana....

En fin: «El crepúsculo de los gauchos» es un libro excelente. Y con esto creo que todo está dicho. Quien quiera saber más, léalo, y agradézcame de antemano esta gentil invitación.

PASCUAL GUAGLIANONE

Los bashi-bozuks de Beazley

Se comprende que en la desdichada Rusia y en Turquía bajo el règimen absoluto de la fuerza, se cometan hechos que avergüenzan hasta á la menguada y cobarde civilización de nuestros días.—Se comprende y hasta se justifica una bajeza, si una pasión cualquiera se exacerba en un momento dado. Pero no se explica, ni se justifica, sino que es motivo de un asombro mudo y enorme, la brutalidad llevada á cabo con toda sangre fria, sin causa que la preceda, justificada ó no.

Porque toda acción debe, al menos, explicarse, ya que no se legitime por su bondad. ¿Pero cómo se justifica lo sucedido la noche del miércoles último entre la policía, los bashi-bozuks argentinos y los obreros que salían de oir la conferencia de Manuel Ugarte? ¿Qué decir del salvajismo con que los salteadores de la policía atropellaron á los obreros inermes y pacíficos? El comentario no cabe, no cabe la protesta, el estigma y toda calificación es pálida.

Por eso decimos esto á los obreros en general: bien empleado les está ese proceder, pues si hechos como este y que son de conocimiento público, se repitieran todos los días, sabrían los trabajadores comprender al fin una verdad: que cuando todos los derechos humanos se atropellan, solo debe ejercitarse la fuerza, brutal, sanguinaria, con todas sus consecuencias.

Nada cost ría á los obreros que hayan de concurrir á una reunión cualquiera, el ir preparados, pasándose sencillamente la palabra y sabiendo que un simple garrote, un cuchillo, manejados por un brazo que no tiembla, ponen á raya á esas cobardes tropas mercenarias, indignos lacayos de un gobierno representado por la senilidad y el reblandecimiento!

Mientras los compañeros no se decidan á solidarizar también en este sentido, la policía ó las fuerzas del gobierno no se cansarán de pisotear todos los derechos, hasta el de sembrar la muerte por capricho.

Y basta por hoy.

TRABAJO CEREBRAL Y MANUAL

POR KROPOTKIN

De su obra "Campos Fábricas y Talleres"

(Continuación).

A esto contestaremos que hay dos clases de celeridades; la que ví en una fábrica de cintas en Nottingham, donde hombres adultos, con manos y cabezas temblorosas trabajaban de un modo febril, uniendo los extremos de dos hilos procedentes del resto que queda en las bovinas, no siendo posible seguir con la vista la rapidez de sus movimientos. Pero el hecho mismo de que se necesite un trabajo tan violento, es la mayor condenación del sistema de la gran industria. ¿Que ha quedado del ser humano en esos cuerpos temblorosos? ¿Cuáles serán sus consecuencias? ¿A qué tal derroche de fuerza humana, cuando ella podría producir diez veces el valor del resto de hilo que se pretende aprovechar? Esta clase de celeridad sólo hace falta por razón de lo económico que resulta el trabajo del esclavo de la fabrica; por cuyo motivo debemos esperar que ningún colegio aspire á una rapidez semejante en el trabajo. Pero tambien existe la celeridad que representa una economía de tiempo de los obreros diestros, la que se obtiene mejor por medio de la educación que nosotros preconizamos.

Por sencillo que sea el trabajo, el obrero instruido lo hará mejor y más pronto que el que carezca de instrucción. Obsérvese por ejemplo, de que modo procede un buen operario para cortar cualquier cosa; supongamos que se trate de un pedazo de cartón, y compárense sus movimientos con los de otro que no esté adiestrado. Este tomará el cartón, cogerá la herramienta sin mirarla, trazará una linea torpemente y empezará á cortar; se encontrará cansado á la mitad de la faena, y cuando la haya terminado, resultará que lo que ha hecho carece de valor; en tanto que aquél empezará por examinar los útiles de que haya de servirse, arreglándolos si es necesario para la linea con exactitud, [illegible] mismo tiempo el cartón y la regla; cogerá hábilmente la herramienta, cortará con facilidad y presentará una obra bien hecha. Esta es la clase de celeridad que economiza tiempo, la mejor para hacer lo mismo con el trabajo humano, y el más seguro medio de obtenerla es una instrucción que sea la mejor posible. Los grandes maestros pintaban con sorprendente rapidez: pero eso era el resultado de inteligencia é imaginación, de una delicada concepción de lo bello y de una fina percepción de los colores. Y esta es la clase de trabajo rápido que le hace falta á la humanidad.

Mucho más pudiera agregarse con relación á los deberes de la escuela, pero me limitaré sólo á decir algunas palabras más respecto á la conveniencia de establecer el sistema de educación ligeramente bosquejado en las páginas precedentes. Inútil sería el exponer que no acaricie la ilusión de que se haga ni en educación, ni en ninguno de los particulares tratados en los capitulos anteriores, ninguna reforma de verdadera importancia, mientras que las naciones civilizadas permanezcan bajo el presente estrecho y egoista sistema de consumo y producción. Todo lo que podemos esperar, en tanto duren las actuales condiciones, es intentar, aquí y allá, en forma miscroscópica hacer alguna mejora en una escala limitada; intentos que por necesidad, han de hallarse muy por debajo de los resultados apetecidos á causa de la imposibilidad de reformar en pequeña escala, cuando es tan intima la conexión que existe entre las múltiples funciones de una nación civilizada. Pero la energía del genio constructivo de la sociedad depende, principalmente, de la profundidad de sus concepciones respecto á lo que debiera hacerse y de qué modo; y la necesidad de reconstituir la enseñanza, es una de aquellas que se hallan más al alcance de todos, y es de las más adecuadas para inspirar á la sociedad esos ideales, sin los que el estancamiento y aun la decadencia son inevitables. Supongamos, pues, que una comunidad—una ciudad ó un territorio que cuente, por lo menos, algunos millones de habitantes—diera la clase de instrucción que hemos reseñado a todos sus hijos, sin distinción de nacimiento (y *somos* lo bastante ricos para permitirnos ese lujo), sin pedirles nada en cambio, sino lo que darán cuando se hallen convertidos en productores de la riqueza; supóngase que se ha dado tal educación, y analícense sus probables consecuencias.

No insistiré sobre el aumento de riqueza que resultaría de tener un joven ejército de instruídos y bien adiestrados productores; ni lo haré tampoco sobre los beneficios sociales que se derivarían de borrar las presentes distinciones entre los trabajadores intelectuales y manuales, y de llegar así á la concordia y armonía de intereses, tan necesaria en nuestros tiempos de luchas sociales. Nada diré del complemento de vida que todos disfrutarían, desde el momento que todos pudieran gozar del uso de sus facultades mentales y corporales, ni de las ventajas que resultarían de elevar el trabajo mecánico al puesto de honor que de derecho le corresponde en la sociedad, en lugar de ser, como hoy sucede, un signo de inferioridad. Ni insistiré tampoco sobre la necesidad de que desaparezca la miseria y degradación presente, con su cortejo de vicios, crímenes, prisiones y todo género de indignidades, que son sus naturales consecuencias. En fin, no tocaré ahora la gran cuestión social, sobre la que tanto se ha escrito y tanto falta aún que escribir; sólo me propongo llamar la atención en estas páginas sobre los beneficios que la ciencia misma reportaría del cambio.

COSAS VARIAS

«El Sol» semanal

Con sumo gusto podemos auncíar á los numerosos compañeros y grupos, tanto de la capital como del exterior, que la simpática revista revolucionaria que con tanto acierto dirije nuestro compañero Alberto Ghiraldo, saldrá semanalmante en adelante y su precio será el mínimo de diez centavos.

Nuestras calurosas felicitaciones al colega y al compañero por tan bello esfuerzo.

La Huelga de Zárate

Al compañero *Proclamo Luz*, de Zárate que nos remite una carta haciéndonos conocer las causas de la hueiga hecha á cuatro casas de cereales, pedimos se sirva enviarnos su nombre no para publicarlo, sino como garantía de lo aseverado en su carta.

La Carmagnole

Si algún compañero posee la música de *La Carmagnole* nos haría un servicio si nos la facilitara.

Un grupo de entusiastas compañeros desea estrenar un drama del gran poeta inglés William Morris, desconocido aquí, y con tal motivo, como uno de los números del programa, se cantaría *La Carmagnole.*

Obreros Albañiles y Anexos

El compañero P. Franz avisa lo siguiente:

Que habiendo sido cobrador de la sociedad Cosmopolita de Albañiles y teniendo que ausentarse de esta capital, se pone á disposición de los que deseen hacer reclamaciones á la sociedad ó á él personalmente, y que para el efecto se dirijan á la secretaría de la misma hasta el 30 del corriente.

CORRESPONDENCIA

—o—

A *R. Osita* (Campana)—Agradeceremos quiera enviarnos siempre esas *Notas y Comentarios*, tomados de la prensa burguesa.

RIFA

Extracción de los tres números de la rifa á beneficio del *deficit* de la «Casa Obrera Gremial».

Los tres números extractados fueron: **803** primer premio; **643** segundo premio y **622** tercer premio.

El poseedor del núm. 803 puede presentarse á la «Casa Obrera Gremial» calle Estados Unidos 1936, á retirar el cuadro con retrato á lapiz.